

Gabriel Salazar
Julio Pinto

Historia contemporánea de Chile II

Actores, identidad y movimiento



LOM
EDICIONES

GABRIEL SALAZAR VERGARA

(Santiago, 1936) estudió Historia, Filosofía y Sociología en la Universidad de Chile. Entre 1977 y 1984 realizó un doctorado en Historia Social y Económica en la Universidad de Hull, en el Reino Unido. Desde 1985 se ha desempeñado como investigador y profesor en distintas instituciones académicas y universidades chilenas. En la actualidad es director de la Maestría en Ciencias Sociales de la Universidad ARCIS, casa de estudios en la que se dedica también a la docencia y la investigación. Igualmente se desempeña como profesor en el Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile. Es autor, co-autor y editor de numerosas publicaciones. Entre sus libros se destacan: *Labradores, Peones y Proletarios* (1985); *Violencia Política Popular en las grandes Alamedas* (1990); *Los Intelectuales, los Pobres y el Poder* (1995) y *Autonomía, Espacio y Gestión* (1998).

JULIO PINTO VALLEJOS

(Santiago, 1956), es Licenciado en Historia de la Universidad de Yale (EE.UU.), donde realizó también estudios de Master y un Doctorado de especialización en Historia Latinoamericana.

Como docente se ha desempeñado en diversas instituciones académicas nacionales y extranjeras, entre ellas las universidades de Chile, de Santiago y Católica; el Programa de Post-grado en Economía ILADES -Universidad de Georgetown- y la Facultad de Derecho y Servicio Social de la Universidad Estadual Paulista (Brasil).

Autor, co-autor y editor de numerosos libros y artículos, entre ellos *Expansión minera y desarrollo industrial, y Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*, los que testimonian su especial interés en la historia social de la minería en Chile.

ACIONAL DE CHILE

1350A-38)

Copia 1 / V.2

01924

BBD.32.34

ECA NACIONAL



71021

11 (3504-38)

383 488

GABRIEL SALAZAR
JULIO PINTO

Historia contemporánea de Chile



201924

LOM PALABRA DE LA LENGUA YAMANA QUE SIGNIFICA **SOL**

LOM EDICIONES

HISTORIAS CONTEMPORÁNEAS
SÉRIE HISTÓRIA
v. 59

SERIE HISTORIA

Primera edición: Abril de 1999

Diseño de portada: A & S aguilera

Motivo de la cubierta:Fotografía de Marcelo Montecinos

R.P.I. N° 108 337

I.S.B.N: 956-282-174-9 (Vol.II)

956-282-172-2 (Obra Completa)

© LOM Ediciones

Concha y Toro 23

Fono:6721265

Composición, Diagramación
e Impresión en los talleres de LOM.

Maturana 9 - 13, Santiago

Fono: 672 2236 - 672 5612 Fax: 673 09 15

Impreso en Santiago de Chile.

Julio Pinto
Azun Candina
Robinson Lira

Volumen II Actores, identidad y movimiento

SERIE HISTORIA

INTRODUCCION

No es fácil dedicar un volumen de esta Historia exclusivamente al tema de «lo social», entre otras cosas porque nunca se ha podido deslindar nítidamente «lo social» de otros ámbitos del quehacer humano. En la medida en que casi todo acto que involucre a personas tiende a desenvolverse dentro del amplio marco de «la sociedad» —no siendo el aislamiento la condición normal del ser humano—, podría arribarse a la problemática conclusión de que todo es social: lo político, lo institucional, lo económico y lo cultural; lo objetivo y lo subjetivo; lo individual y lo colectivo; lo público y lo privado; lo «trascendente» y lo cotidiano. Y sin embargo, existe en nuestro país una generalizada sensación de que los historiadores han dedicado muy poco tiempo al estudio de «lo social» —a diferencia de lo político, lo económico o lo cultural—. Y también de que lo poco que se ha hecho, más que nada durante las últimas décadas, no ha trascendido más allá de un pequeño círculo de iniciados, cuya labor es prácticamente desconocida fuera del ámbito académico o especializado. Parecería por último que los historiadores han sacado muy poco partido de lo realizado por las otras ciencias sociales, una de las cuales, la sociología, se aboca precisamente al tema de «lo social». ¿Es la «historia social» una mera proyección hacia el pasado de las preguntas que los sociólogos aplican al presente, o de las técnicas que emplean para darles respuesta?

Los capítulos que se desarrollan en estas páginas procuran adentrarse en algunas de estas interrogantes, ofreciendo al menos cierta noción de los problemas y reflexiones que dan cuerpo a lo que entre nosotros se ha cultivado como «historia social». Los parámetros que aquí se establecen para llegar a esa definición, desde luego, no aspiran a un rango de «universalidad» o aceptación unánime, y nacen, como todo trabajo científico, de ciertas opciones que no todos deben necesariamente compartir.

Para comenzar, pensamos que el análisis de «lo social» remite ineludiblemente al concepto de «actor social». ¿Quiénes son las personas (o grupos) que dan cuerpo a la sociedad, y la ponen en movimiento? ¿Quiénes son los que escenifican aquel complejo «drama» que es la vida en sociedad? ¿Cómo se constituyen esos actores, y cómo se configuran sus identidades de ser tales actores? Una respuesta posible, y parcialmente

correcta, es que cada individuo es, por definición, un actor social, en tanto su existencia y su acción particulares, al unirse a las de todos los demás, confluyen espontáneamente en ese agregado o abstracción conceptual que es «la sociedad». Ese es el punto de vista que sustenta el liberalismo individualista, que tanto peso ha tenido (y tiene) en el pensamiento y la acción social contemporáneas. Otra respuesta es la que toma a la sociedad en su conjunto como actor social fundamental, algo así como una especie de organismo vivo que posee un ser colectivo, un interés común, y un sentido único en su accionar. En ese registro se inscriben las visiones corporativistas propias del pensamiento católico-conservador, el funcionalismo sociológico, y los nacionalismos que ven a «la Nación» como el actor histórico más puro y relevante. A su entender, las identidades sociales nacen de una supuesta «alma colectiva» que refunde y trasciende los impulsos particulares de individuos, familias o agrupaciones intermedias. Todo lo que no se amolde a ese imperativo, todo lo que atente contra la cohesión de ese «ente superior» que es la sociedad mayor, constituye una fuerza «disfuncional» o disgregadora que sólo puede conducir al caos y a la disolución de los lazos sociales.

En lo esencial, esta obra no comparte esas miradas. Para nosotros, lo que distingue lo «específicamente» social de otras dimensiones del quehacer humano es la existencia de identidades de carácter «intermedio», situadas entre la particularidad atomizada del individuo y la unidad «hegemonizadora» —y, a nuestro juicio, muchas veces forzada— de la sociedad. Estas identidades intermedias corresponden entonces a actores colectivos, cuya acción (o inacción) da forma a los grandes procesos sociales. Pensamos que las personas que integran esos «grupos intermedios», en tanto comparten experiencias, necesidades e intereses, van construyendo «identidades colectivas» que las cohesionan entre sí y las diferencian de otros actores que comparten su mismo espacio social. De esas identidades colectivas nacen formas de verse a sí mismas y al mundo que las rodea, de posicionarse en la sociedad, y de actuar en defensa de sus intereses y aspiraciones. En tanto se expresan en valores, símbolos y creencias, dichas identidades tienen un basamento cultural que tiende a consolidarlas y proyectarlas en el tiempo. En tanto se plantean siempre en relación a otros actores sociales, su carácter es necesariamente interactivo o relacional, y por tanto dinámico. De allí que el accionar colectivo tienda a materializarse como «movimiento» social, ya sea para conservar un orden establecido e imponérselo a otros —formando «estructuras» de dominación o subordinación—, ya para resistirlo, hacerlo más tolerable, modificarlo, o destruirlo —configurando «rebeldías» o «transgresiones»—. Una buena historia social, a nuestro entender, debe dar cuenta tanto de la estructura como de la transgresión; de lo que tiende a la permanencia como lo que promueve el cambio.

Dentro del marco temporal que define a este trabajo —los dos siglos de historia «republicana»—, consideramos que el actor colectivo fundamental han sido agrupaciones

que podríamos definir gruesamente, y con los alcances que se precisarán más adelante, como *clases sociales*. Esto no quiere decir que haya sido siempre así: se ha discutido mucho sobre la validez de aplicar esta categoría conceptual a sociedades pre-modernas, como la que existió en Chile al menos hasta las primeras décadas del siglo XIX. Así, para el período colonial muchos autores prefieren hablar de «*castas*», o al menos de «*estamentos*», rigidizados por barreras de nacimiento, origen étnico y una casi inexistente movilidad social. Por otra parte, incluso cuando las *clases sociales* hicieron su aparición en nuestra historia, ellas no fueron siempre las mismas, ni se mantuvieron inmunes al transcurso del tiempo. Parte de la historia que se relata y discute en las páginas que siguen es precisamente la de su *formación o transformación* durante los siglos XIX y XX; la de los rasgos que fueron adquiriendo o perdiendo; y la de los cruces, agregaciones y fusiones que sufrieron a partir del contacto con otros grupos afines. Por último, al decir que la entidad colectiva fundamental del Chile contemporáneo ha sido la de las *clases sociales*, no extrapolamos de allí la conclusión de que esa definición lo explique todo, o de que todos los fenómenos analizados puedan reducirse a una lógica «*clasista*». Como se verá, una y otra vez se pone el acento sobre la *heterogeneidad interna* que caracteriza a los grupos definidos como fundamentales, o incluso sobre las contradicciones que a menudo han fracturado su unidad. Por otra parte, también se ha dedicado un capítulo completo al tema de las etnias, que claramente no obedece a una matriz clasista, pero que se considera lo suficientemente importante como para considerarlo por sí mismo. En suma, si bien nuestro trabajo está atravesado por una opción metodológica que releva la categoría de clase, no hemos querido que ello se traduzca en un tratamiento dogmático o reduccionista. Sin perjuicio de ello, no abrigamos la ilusión de que estas profesiones de fe dejarán satisfechos a quienes siempre han desconfiado de una visión que pone el énfasis más en lo que divide a la sociedad que en lo que la cohesiona, ni a los partidarios de una visión «postmoderna» que le niega todo valor analítico a la categoría de clase social.

A partir de esas coordenadas, este volumen dedica sus tres primeros capítulos a caracterizar y reflexionar sobre las tres grandes clases (o «mundos sociales») en las que generalmente se agrupa a nuestra sociedad: las élites o *clases dirigentes*, bajo las diversas nomenclaturas («*aristocracia*», «*oligarquía*», «*burguesía*») con que se las ha conocido; las muy nombradas pero también muy mal conocidas «*clases medias*»; y el complejo y vasto mundo de «*lo popular*», en el que confluyen actores «*pre-modernos*» como el campesinado tradicional con otros «*transicionales*» y modernos como el peonaje, el proletariado o los «*pobres de la ciudad*». La misma enumeración que precede revela hasta dónde es difícil aglutinar a estos diversos componentes en categorías unificadoras: sus diferencias internas, sus cambios a través del tiempo, la diversidad de sus opciones y conductas, llevan una y otra vez a problematizar el encasillamiento que aquí se ha hecho. Como se verá, nuestro tratamiento no ha eludido esas dificultades, por lo demás presentes

en cualquier análisis de lo social que procure hacer justicia a esa condición siempre movediza que es la historicidad de los sujetos. Pero por encima de la aparente fragmentación, seguimos convencidos de que los actores colectivos por nosotros definidos han exhibido la suficiente unidad e inteligibilidad como para otorgarle sentido a los grandes procesos de nuestra sociedad.

Para cada uno de los tres grupos definidos, el capítulo respectivo intenta dar cuenta de sus características esenciales, de los sub-grupos que lo componen, de las principales transformaciones que ha sufrido a través del tiempo, y del impacto que su acción ha tenido sobre la historia compartida del país. Se da cuenta también de cómo han sido vistos por los historiadores y los analistas sociales, así como de las interpretaciones que éstos han elaborado para comprender su «ser social». Corroborando lo dicho anteriormente sobre la artificialidad de las barreras entre las distintas esferas del quehacer social, a menudo se ha debido transgredir la división entre lo social, lo político, lo económico o lo cultural, temas que son tratados con mayor detención en otros volúmenes de esta obra. Así por ejemplo, el análisis de las élites ha obligado a hacer continuas referencias al ámbito de lo político, cosa natural tratándose de una clase que a lo largo de estos dos siglos ha tenido a su cargo—bien o mal—la construcción del Estado y la dirección de los destinos del país. Del mismo modo, la definición de las «clases medias» o «populares» se ha situado una y otra vez en la intersección entre lo social y lo económico, que es donde se constituye una buena porción de su condición de sujetos sociales. Con todo, se ha procurado siempre mantener el eje en los conceptos que articulan este volumen: las identidades colectivas, las relaciones entre grupos, los movimientos sociales.

En esa misma virtud, se ha considerado necesario incluir un capítulo final dedicado al tema de las etnias indígenas. Si bien a lo largo de nuestra historia su reconocimiento como actores sociales ha sido más que problemático, hoy no cabe duda que ellas son portadoras de identidades propias, que se han relacionado colectivamente con otros actores sociales, y que vienen desarrollando movimiento social desde mucho tiempo atrás. Es verdad que su constitución como actores sociales no calza con la matriz «clasista» que este volumen ha privilegiado, pero hemos hecho deliberadamente una excepción a partir de nuestra convicción de que, aunque su accionar efectivamente escape a esa lógica, éste no podría quedar fuera de una reflexión sobre la historia social. En alguna medida, en tanto sometidas a condiciones de pobreza y dominación, podría decirse que la experiencia de las etnias se asimila a la de las clases populares, pero consideramos que sus especificidades son demasiado importantes como para subsumirlas en un mismo análisis. Podría tal vez añadirse que el reconocimiento de lo étnico como constitutivo de identidades y movimientos obligaría a considerar también en ese carácter a otros factores de análogo potencial, como la condición de género o la adscripción generacional. Efectivamente, pensamos que éstas son categorías importantes, y en tal virtud serán objeto de un análisis

específico en otro volumen de esta obra. Pero en tanto atraviesan verticalmente la sociedad, nos parece que su matriz generativa no se ajusta con precisión a lo que aquí hemos entendido como «social», privilegiando los grupos «intermedios» y los cortes de sentido más bien «horizontal». Como en tantos otros aspectos, se trata básicamente de una cuestión de definiciones.

En suma, ofrecemos aquí un volumen que procura demarcar, para estos dos últimos siglos de nuestra historia, un terreno más o menos específico de «lo social», en el que se mueven actores colectivos portadores de identidades propias, siempre interactuando entre sí, y dando origen a conflictos y movimientos sociales. Intentamos también sugerir cómo un mejor conocimiento de estos grupos y su historia ayuda a una mejor comprensión del país en que vivimos, y de problemas que tanto ha costado resolver. Apostamos a una visión que se fija más en lo diverso y lo dinámico que en lo monolítico y estático, y que en esa misma virtud consideramos más fiel a la complejidad que es parte de la vida en sociedad. Ratificamos, por último, nuestra convicción de que la «historia de Chile» no se agota en los espacios públicos o los aparatos estatales, en las decisiones de los líderes o las hazañas de los héroes, sino que abarca a la totalidad de las personas que habitan nuestra sociedad, y cuyo protagonismo cotidiano, todavía muy mal conocido, es la carne y la sangre de la verdadera historia social.

No faltarán, por cierto, quienes califiquen a nuestra definición de «lo social» de reduccionista, sesgada, o insuficiente en su cobertura y alcance. Se dirá que segmentos importantes de «lo social» quedaron fuera de nuestro marco analítico, o que los conceptos y categorías empleados no satisfacen las exigencias de todas las escuelas del pensamiento sociológico. Se dispareará abiertamente —¿cómo podría ser de otra forma?— de ciertas inferencias o conclusiones que hemos extraído de nuestro cuerpo de problemas históricos. Todo ello es natural en un ámbito, como lo es el de las ciencias sociales, donde no existen las verdades únicas, y donde el conocimiento va a estar siempre «contaminado» por los intereses, las prioridades y los puntos de vista. No es, por otra parte, la aspiración de esta obra producir verdades «consensuadas» o juicios «neutros», sino instalar problemas siempre abiertos a la discusión y mostrar algunas de las lecturas que éstos han suscitado. En consecuencia, pensamos que una declaración explícita y transparente de lo que nosotros entendemos por «lo social», y de los criterios que fundamentan nuestra demarcación, basta para clarificar nuestro marco de referencia. Por lo demás, en las ciencias sociales como en casi todas las ramas del conocimiento, las demarcaciones son siempre más analíticas que «objetivas», más dictadas por el interés del observador que por la naturaleza del «objeto» estudiado. Estas consideraciones preliminares, entonces, no tienen otro fin que el de explicitar nuestra propia concepción de «lo social», para desde allí contribuir al debate que el conjunto de esta obra se ha propuesto promover.